

la conquista americana. Pasó el año del centenario—ciertamente que no estábamos en 1938 para conmemoraciones históricas—, pero también es verdad que nadie se ha acordado luego de reivindicar la memoria de Diego de Almagro, tan zarandeada por los panegiristas de su compañero y rival Francisco Pizarro. No hay en esta Mancha nuestra, poco aficionada a ensalzar a sus hijos ilustres, ese espíritu que anima a otras regiones españolas, más celosas de sus glorias y de sus hombres. Ni un solo monumento, ni un busto sencillito siquiera, perpetúa con la perennidad del bronce o la piedra las figuras señeras de los manchegos ilustres que en el mundo fueron.

Pero ahora, ante la aparición de los restos del conquistador, coincidente con un despertar cultural y científico en toda la provincia, del que es buena prueba la actuación del Instituto de Estudios Manchegos, aspiramos con este trabajo a movilizar espíritus y esfuerzos con el fin de rendir a Diego de Almagro el homenaje que le deben su ciudad natal y la provincia toda.

Que no hay nada como la resurrección histórica de las figuras gloriosas, para ejemplo y estímulo en el presente y en el porvenir.



He aquí la figura prócer de don Diego de Almagro, compañero de Pizarro en la conquista del Perú e iniciador, con su marcha penosísima a través del desierto de Atacama y la cordillera andina, de la epopeya chilena que cantara Ercilla en su Araucana.

¡AQUEL 8 DE JULIO DE 1538!

HERNANDO Pizarro, el mayor y el de más desgraciada fama de todos los hermanos, ha firmado la inicua sentencia. Y hasta con ciertos pujos de bondad— ¿no es miedo a una posible asonada de los almagristas, «los de Chile», tan bravos como numerosos? — ha accedido a la petición reiterada que le hacen altos personajes cuzqueños: la ejecución no será pública, sino en la prisión donde está celosamente guardado el anciano y enfermo Adelantado del Sur.

Mala memoria tiene el tal Hernando. Porque Diego de Almagro ha sido el compañero fiel de su hermano Francisco en la hora heroica de la conquista. Lo dió todo: su dinero, su

prestigio, sus indomables energías, ¡hasta un ojo!, por ayudar al trujillano. Diego de Almagro organizaba las empresas, reclutaba la gente, disponía los aprestos, equipaba los barcos, se entrevistaba con las autoridades... ¡y luchaba! ¡Luchaba también! Con el mismo denuedo y con idéntica valentía, por lo menos, que el más aguerrido y esforzado. ¡Y todo lo había perdido! ¡Y hasta le negaban, después de la épica marcha que dió lugar el descubrimiento de Chile, la posesión de aquella ciudad de Cuzco, que con recto criterio de querer entender le otorgaba el Emperador!

¡Hernando Pizarro tiene mala memoria! Tan mala, que ya no se acuerda de meses atrás, cuando él y su hermano Gonzalo eran los prisioneros, en esta misma celda precisamente, y Diego de Almagro, dueño de sus destinos, les otor-